

DE BUENAS LETRAS

Nada por perdido: sobre un libro poético de García Calderón

ANTONIO CHICHARRO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Mientras leía 'Las visitas de Caronte' (Sevilla, La Isla de Siltolá, 2014), de Jesús García Calderón, no hacía más que aparecer asociado en mi lectura una y otra vez un paradigmático verso de Antonio Machado, «Se canta lo que se pierde», además de los emocionantes versos del poema 'El viaje definitivo' de Juan Ramón Jiménez. Precisamente en el poema de este libro, 'El manto del olvido', el sujeto poético se ve a sí mismo, como ocurre en el caso del poema de Juan Ramón Jiménez, desde su prevista ausencia, lo que lo convierte en desgarrador.

Y si ese verso de Antonio Machado no hacía más que revolotear por mis lecturas, cuando llegué a la del poema 'Silva sin nombre', su recurrente presencia alcanzó ahí todo su sentido pues se trata de un poema metapoético y, por ello, un poema clave. En sus dieciséis versos y mediante litotes, Jesús García Calderón efectúa una suerte de desarrollo de ese machadiano verso: no se canta lo que se tiene.

La presencia en el título de Caronte, personaje mítico y soporte de alta simbolización

que supera su valor de mediador entre el mundo y el inframundo, le sirve al poeta para, además de simbolizar el viaje que es toda vida con el sueño de la razón y la certeza del paso por la laguna Estigia, invocar la idea de la muerte, el gran tema de toda literatura, la gran pregunta sin respuesta, la experiencia que mueve y trastoca el supremo acto de vivir y la conquista suprema de nuestra humana inteligencia. Así es que quien llegue a este libro, sabrá desde la densidad transparente de su título, sin tristeza, adonde va y qué puede encontrarse en su viaje lector.

En todo caso, Caronte aparece cumpliendo no sólo esa función simbólica, sino también la de personaje poético en no pocos de los textos, sirviendo de nexos alegóricos de los poemas, al tiempo que se constituye en reclamo de la unidad superior en la que se integran los mismos, un mosaico verbal que recoge en formas poéticas de versos de larga andadura meditaciones, recuerdos, perplejidades a partir de experiencias vitales de su autor, ya con resultado de muerte, ya con resultado de pérdida del paraíso de la infancia, con las consecuencias

iniciáticas que todos conocemos, como en el poema 'La soledad viajera', donde el símbolo del mar alcanza su protagonismo y donde al sujeto poético se le quiebra la calma para siempre.

Hay poemas, es el caso de 'Orfandad y torpeza' –el título lo dice todo de esos versos desamparados–, donde alcanza su mayor proporción el hueco dejado por la madre, a la que recordará también en 'Las voces'. Por otros, pasarán los recuerdos de seres que ha querido y que nutren su alma como leemos en 'El tiempo sin principio'. También, en los titulados 'Caronte vuelve', 'Tarde en el cementerio', 'Mi voz desde la orilla', 'La muerte', además de en 'La mascota'.

El libro, que acaba con un hermoso poema de amor con impresionante fondo elegiaco, 'Una breve postal desde la vida', es en realidad signo de una sostenida meditación acerca del sentido de la vida a la luz de la experiencia de la muerte y de otras pérdidas, una reflexión, digo, sobre la radical soledad humana, paliada sólo por el amor y la amistad e iluminada aún más por el signo de la ausencia.

Ahora bien, estos decir, hacer y pensar poéticos, además del recurrente hecho de encarar tan graves asuntos, tienen por el contrario un efecto positivo, pues allí en donde las luces de la razón poética más se duelen, el poeta encuentra en su propia labor creadora el superior consuelo del arte y la conjura misma de la muerte y del olvido al haber objetivado esos trazos de conciencia dolorida y haber dado nueva vida a lo que ya no está o resultó efímero. Esa es la paradoja del arte de la palabra, ese es el consuelo de todo discurso elegiaco. Nada por perdido.